

Hace mucho tiempo en un país lejano

LUIS LANDERO



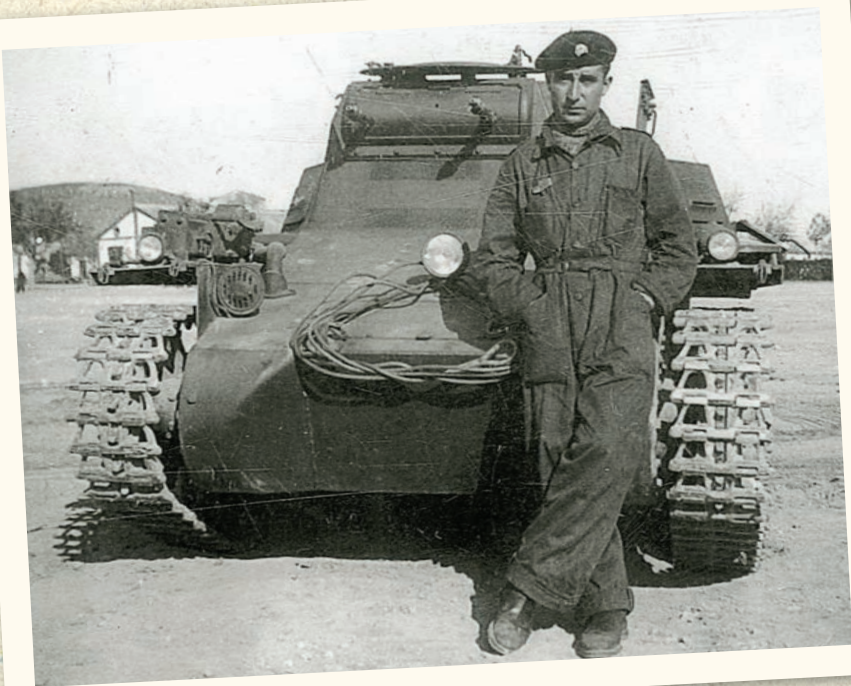
TUSQUETS
EDITORES
www.tusquetseditores.com



Conservo apenas media docena de fotos de la infancia porque en aquellos tiempos y lugares uno sólo se retrataba en ocasiones muy señaladas, y más aún dentro de las sobrias costumbres de una familia campesina. Esta que aquí se ve era sin duda una ocasión clásica y obligada, el libro en las manos y el mapa al fondo, donde libro y mapa —enciclopedia y atlas como si dijéramos— son signos preclaros de la sabiduría y del conocimiento, las palabras y el mundo aludiéndose entre sí y formando el gran trasunto del saber. Por eso me mandó mi padre a Madrid, haciendo un esfuerzo económico que excedía a sus posibilidades, para que a través de los libros llegase a ser algo grande en la vida. En el libro tengo, pues, las armas para conquistar el reino de este mundo, el tesoro cuyo mapa se ofrece a mis espaldas. Así ha sido siempre: los libros, la cultura, el saber han sido el mejor medio para que los pelagatos ambiciosos ascendieran en la escala social. Muchas novelas del siglo XIX y no pocas del XX tienen como protagonistas a estos héroes modernos.

Así que ese fue el pacto, generoso y perverso, que me impuso mi padre: él ponía en mis manos la herramienta y a mí me tocaba manejarla con avidez y con provecho. Desde que tuve uso de razón, mi padre me preguntaba a menudo: ¿Qué quieres ser de mayor?, en el mismo tono en que hubiera dicho: Pide y se te concederá. Y yo nunca supe responderle. Quién nos iba a decir a él y a mí que terminaría siendo escritor. Todo esto recuerda algo a esos cuentos populares en que un joven, o un niño, recibe un mandato de sus mayores, una misión que cumplir, que inevitablemente se convierte en un viaje donde vivirá muchas y peligrosas aventuras, hasta volver convertido en héroe, en triunfador. Pero de ese viaje yo regresé no con el botín de un título de ingeniero o de abogado sino con una novela escrita por mí, es decir, con otro libro, como un efecto boomerang, donde contaba el trasfondo esencial de mis andanzas. ¿Qué hubiera pensado mi padre de este extraño negocio entre los dos? En fin, cosas que pasan en la vida.

Ahora en mi casa hay miles de libros, y al mirar esta foto que tiene ya casi sesenta años de antigüedad, y al verme ahí, con uno de los poquísimos libros que tuve en mis manos cuando niño, se me revela de un solo trazo el argumento entero de mi vida.



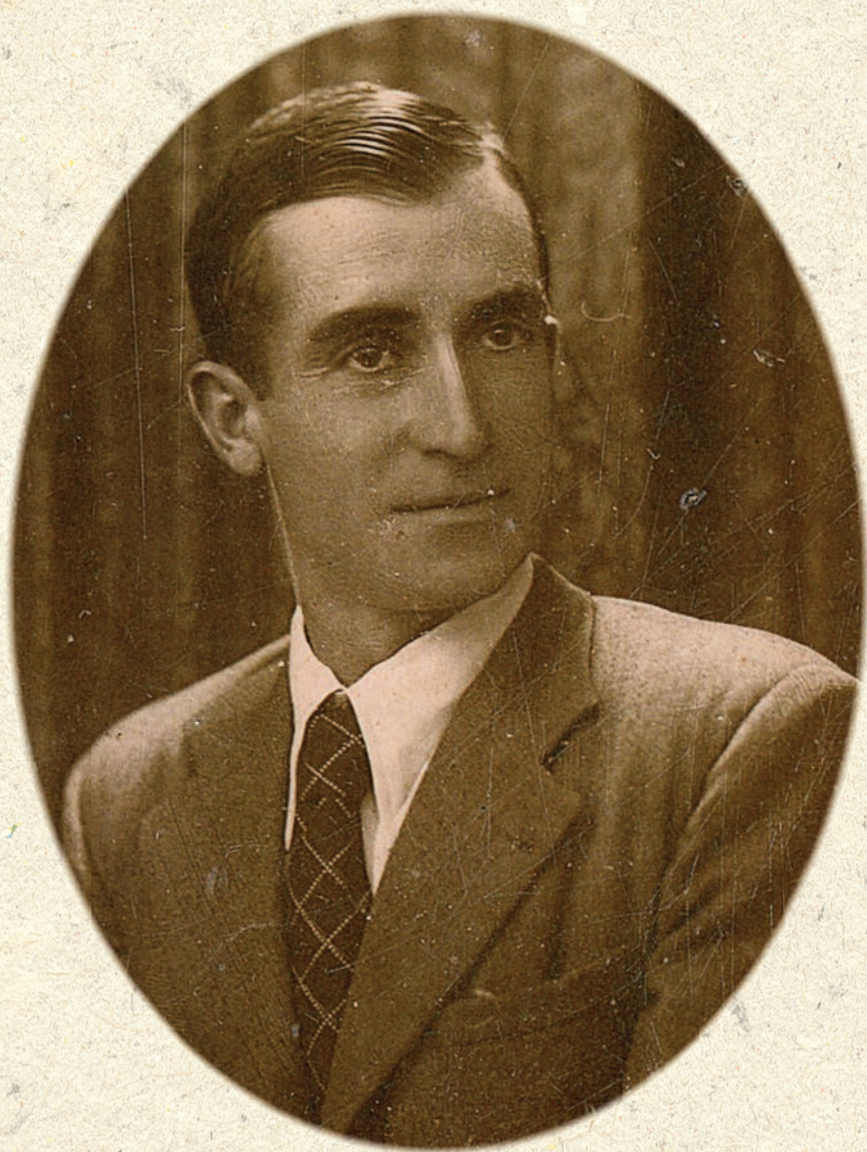
De antes de la guerra, solo conservo una foto de mi padre. De después de la guerra, creo que hay dos. Pero de la guerra, que fueron los años estelares de su vida, hay por lo menos diez o doce. Supongo que las guerras son una gran ocasión para el recuerdo, y un gran negocio para los fotógrafos.

Aquí está en Zaragoza, ante su carro de combate, destino que eligió por la atracción que ejercían sobre él el progreso y la modernidad, representados aquí por esa compleja y aparatosa máquina, y su fascinante mecánica interior. Él no había salido nunca del pueblo, por no decir que más bien del campo, y de la guerra solo le interesó el conocer nuevas tierras y ambientes, gente ilustrada, grandes ciudades, modos nunca vistos de mentalidad: el descubrimiento de un mundo cuyas maravillas no habían estado hasta entonces ni siquiera al alcance de su imaginación. Hasta entonces, él había vivido igual que sus padres y que sus abuelos, como si la historia no se hubiese alterado desde la más remota antigüedad. Y ahora, de pronto, resulta que había otros lugares y horizontes, y otras maneras de pensar y vivir, y entonces su mente se llenó de proyectos, de sueños, de afanes que en toda su vida ya no le dieron tregua. La sangre de Marco Polo, de Simbad, de Ulises, de Don Quijote y de tantos otros, ya no dejó nunca de correr por sus venas. Eso fue la guerra para mi padre: un viaje esencial y de algún modo sin retorno, porque las experiencias acometidas ya han convertido al viajero en otra persona, que vivirá siempre cautiva de su gran aventura. El resto de su vida —breve y torturada— fue la nostalgia de los portentos entrevistados, de lo que pudo ser, y casi fue, pero que al final no llegó nunca a ser.



Otra ocasión señalada, inexcusable y convencional, para retratarse. Estamos en el corral de casa, ante un jazminero, y el espacio está decorado para realzar y dar brillo al instante: un macetero, una colcha, y por supuesto mis hermanas mayores con sus mejores galas, muy formales las dos, y en el rostro graciosas risas reprimidas.

Una foto como tantas otras de ese estilo —el bautizo, la mili, la iniciación escolar o la graduación, la boda, el bautizo otra vez—, sin más elocuencia que dar testimonio de que ese hecho ocurrió, tal como pudiera atestiguarlo también un documento notarial. Alguna vez de niño, cuando estaba en el campo y se oían acaso a lo lejos las esquilas de las ovejas, yo pensaba que a lo mejor también a mí se me aparecía la Virgen, como ocurría con los pastorcillos en aquellos tiempos. Por qué no. Esos raptos místicos, además de algunas inquietudes adolescentes que me llevaron a soñar con ser cura en tierra de infieles, fueron todas mis experiencias religiosas. Ese es otro gran misterio, como el de ponerse de repente a escribir versos. Un día, no sé de qué manera, dejé de creer en Dios y me encontré creyendo en Gustavo Adolfo Bécquer. Dios también fue un sueño, como la guitarra, como los amores de entonces, como quizá también lo sea finalmente la literatura.



Esta foto, donde mi padre luce de galán, se la hizo al regresar a casa tras la guerra. La tela del traje que viste se la compró en Madrid, y es de suponer que algún sastre del pueblo se lo confeccionó a medida. No imita a ningún actor de cine, porque por entonces quizá ni siquiera conocía el cine. No, es que las cosas entonces eran así. El porte tan elegante y a la vez tan natural de los actores clásicos de Hollywood no es obra de un artificio, sino que refleja una época en que la gente ponía mucho cuidado en el vestir y en el propio aspecto personal. Hasta los jóvenes más humildes salían a pasear las tardes de domingo ataviados con gran decoro, y con un empaque en los andares que, sin quererlo, los emparentaba con los grandes galanes del cine. Por otra parte, durante mucho tiempo se posó ante la cámara con cierta solemnidad, y sin las risas y las morisquetas y el desenfado rutinario que vinieron después. Entonces uno se situaba ante la máquina de fotos como si posara para un pintor.

Debió de ser por esos tiempos cuando conoció a su futura mujer, a mi madre, y quizá ese retrato fue un obsequio, una ofrenda a la que también ella correspondería, como era propio de la ceremonia del cortejo. Luego, y hasta que lo conocí y lo reconocí como padre, no sé casi nada de él. En cuanto a las fotos, a partir de esas fechas cesan por completo. Una vez casado, clausurada la juventud y el breve interludio lírico del que da fe este primer plano de galán, ya no surgió ningún motivo para retratarse.



Otra ocasión señaladísima: la foto del Libro de Familia. Hemos salido todos tan enfadados porque el fotógrafo y mi padre estaban ya listos y esperando y nosotros no acabábamos de acudir a la cita. Cuando no era uno era otro, me cuenta mi madre, pero no había manera de que nos juntáramos todos.

Entonces tu padre se enfadó y se puso a dar voces y a reñirnos, y por eso estamos ahí con esas caras enfurruñadas.

Mi padre, como otros de la familia, casi todos, como yo mismo, estaba aquejado por el mal de la prisa. Las cosas tenían que hacerse al momento, los deseos debían cumplirse ya. Cualquier dilación o tardanza era un drama y una pesadumbre. Si había que hacer un viaje, mucho antes de la hora convenida ya estábamos todos esperando, en tensión, listos para partir. Vivíamos a menudo en estado de urgencia, y parece que el día de la foto, entre que había que vestirse de domingo y prepararse a conciencia para ese momento excepcional, y unido a la emoción de retratarnos todos juntos, en un instante se montó la escena entre trágica y cómica que reza en nuestras caras. Hasta mi madre, a quien yo jamás he visto enfadada, parece haber hecho causa común con los demás.

Es la única vez que aparecemos todos juntos en una foto, cuyo contenido no es otro que declarar que, en efecto, somos seis, ni uno más ni uno menos. Pero, mirando un poco más allá, yo creo que la hostilidad solidaria ante la cámara define bastante bien nuestras tormentosas relaciones con el mundo exterior. Una foto premonitoria, donde se vislumbra algún borroso paisaje del alma.

Galas del sábado, o *Sábado noche*, debía de llamarse el programa de televisión en que estamos esperando para actuar un día de 1968 o 1969. Faltan las dos estrellas del elenco: Paco de Alba y Rosario, aquella bailaora que formó pareja artística durante años con Antonio «el Bailarín». Sentados en sillas rústicas estamos los tres guitarristas, de izquierda a derecha mi primo Paco, Manolo de Córdoba y yo. Detrás, los dos palmeros y el cantaor. Dentro de poco, se va a armar ahí un buen zafarrancho flamenco.

Mi primo Paco forma parte esencial de este libro. Él fue el que me animó y me sedujo y me arrastró con su pasión irresistible para que me hiciera guitarrista y me dedicara al maravilloso mundo de la farándula. Por entonces, yo ya era poeta. Es un misterio esto de hacerse uno poeta. Seguro que en este instante hay alguien en algún lugar del mundo que empuña un arma y espera su ocasión para ultimar a alguien. Esa pasión se llama odio, y no es difícil de entender. Todos hemos odiado y todos hemos jugueteado en algún momento con la secreta posibilidad de liquidar también a alguien. Pero quizá también en este instante hay un muchacho, una muchacha, que se ha encerrado en su cuarto, ha sacado un cuaderno y un lápiz y se dispone, por primera vez en su vida, a escribir unos versos. Es decir, a nombrar de nuevo las cosas, a refundar



el mundo. Y esa pasión, ¿cómo se llama?, ¿cómo se entiende? No lo sabemos. Es un enigma que nadie ha conseguido del todo descifrar. Pues así, misteriosamente, también yo un día escribí unos versos, y ya para siempre quedé cautivo de esa extraña pasión.

Pero como había que ganarse la vida, ahí estoy con mi guitarra, la mano en la barbilla, pensando a saber qué. Era la época en que los lúgubres cortinajes del franquismo comenzaban a entreabrirse a Europa. Era la época estelar del turismo, y del boom económico e industrial, de la emigración, del trabajo que empezaba a ser dignamente pagado. Y del consumo, claro está. En el piso comprado a plazos en alguna barriada del extrarradio de Madrid, de Bilbao o de Barcelona, lucían ya los signos y trofeos de la nueva edad: nevera, tresillo, televisión, cuadros de hípica en las paredes, enciclopedia universal en fascículos, carrito dorado para portar bebidas y exhibirlas, y, los más pudientes o atrevidos, un pequeño automóvil. En cuanto a los integrantes de la foto, salvo en el caso de Paco y de Manolo, no he vuelto a saber nada de ellos. Pero no es difícil adivinar la trayectoria vital: como para nosotros, el arte del baile o de la música fue apenas un sueño, propiciado por la anomalía del tiempo histórico que nos tocó vivir.





Me he preguntado muchas veces (y este es otro misterio en cuyas simas acogedoras es un gusto abismarse) de dónde le vendría a mi abuela Frasca su gran sabiduría tradicional. Había sido pastora hasta que se casó con el abuelo Luis, era absolutamente analfabeta, y sin embargo había en su cabeza y en su corazón un caudal sin fondo de saberes inmemoriales, y un maravilloso arte natural para contarlos, o cantarlos, y uno no se cansaba nunca de escucharla y de maravillarse con las fantasías sin cuento que salían de su boca. ¡Prodigios del arte popular y del lenguaje oral, que es donde con más vitalidad y gracia late y alienta el espíritu de nuestra lengua!

Estamos en su casa, donde yo pasé muchas temporadas de mi niñez, y hemos salido a la luz del corral para hacernos la foto. Aquel corral era muy grande, con patios y traspatios y dependencias medio arruinadas, y un huerto donde jugaban a perseguirse los hurones de caza de mi abuelo. Mi abuelo Luis, que guardaba a la sombra de un árbol del paraíso la lápida para su entierro, comprada de ocasión, con todos los datos ya grabados, y a falta solo de la fecha final. Aquellos eran otros tiempos.

Mi hermana la mayor luce un conjunto de lo más moderno. Entre mi abuela y sus nietos había una diferencia de unos sesenta o setenta años, pero visto desde hoy, a la luz de los cambios históricos que se han producido en España en las últimas seis o siete décadas, yo diría que nos separan siglos, que pertenecemos a épocas muy distintas. Parece que la estoy oyendo. Espera a que todos los presentes se callen y se aquieten, se concede una larga pausa, como si estuviera intentando recordar algo medio olvidado, y al fin comienza a hablar, despacio, sin prisas, pronunciando muy bien cada palabra: Hace mucho tiempo, en un país lejano...

Hace mucho tiempo en un país lejano: esa es la historia también de mi niñez.



Edición no venal. Prohibida su venta.
De los textos y fotografías: © Luis Landero
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. Avda. Diagonal 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta
obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.